

tuna, porque sabe no tiene lugar adonde conoce que no hay cosa que sea suya, y si aún Epicuro, que tanto trató del regalo del cuerpo, tuvo brío contra las injurias, ¿qué cosa ha de parecer entre nosotros increíble ó puesta fuera de la posibilidad de la humana naturaleza? Aquél dijo que las injurias eran tolerables al sabio, y nosotros decimos que para el sabio no hay injurias.

## CAPÍTULO XVI.

Y no hay para qué me digas que esto repugna á la naturaleza; porque nosotros no decimos que el ser azotado, el ser repellido y el carecer de algun miembro no es descomodidad; pero negamos que estas cosas no son injurias. No les quitamos el sentimiento del dolor; quitámosles el nombre de injurias; que éste no tiene entrada donde queda ilesta la virtud. Veamos cuál de los dos trata más verdad; entrambos convienen en el desprecio de la injuria. Pregúntasme, siendo esto así, ¿qué diferencia hay entre ellos? La que hay entre los fortísimos gladiadores, que unos sufriendo las heridas están firmes, y otros volviendo los ojos al pueblo, que claman, dan indicios de su poco valor, no mereciendo que por ellos se interceda. No pienses que es cosa grande en lo que discordamos, sólo se trata de aquello que es lo que sólo nos pertenece. Entrambos ejemplos non enseñan á despreciar las injurias y contumelias, á quien podemos llamar sombras y apariencias de injurias; para cuyo desprecio no es necesario que el varon sea sabio, basta que sea advertido y que pueda hacer exámen, preguntándose si lo que le sucede es por culpa suya ó sin ella; porque si tiene culpa, no es agravio, sino castigo; y si no la tiene, la vergüenza queda en quien hace la injuria. Qué cosa es ésta á que llamamos *contumelia*? Que te burlaste de mi calva, de mis ojos, de mis piernas ó mi estatura. ¿Qué agravio es decirme lo que está manifestado? De muchas cosas que nos dicen delante de una persona nos reimos, y si nos las dicen delante de muchas, nos indignamos, quitando la libertad á que otros nos digan lo que nosotros mismos nos decimos muchas veces. Con los donaires moderados nos entretenemos, y con los que no tienen moderacion nos airamos.

## CAPÍTULO XVII.

Refiere Crisipo que se indignó uno contra otro porque le llamó carnero marino. Y en el Senado vimos llorar á Fido Cornelio, yerno de Ovidio, porque Corvulo le llamó avestruz pelado; habia tenido valor contra otras malas razones que le infamaban las costumbres y la vida, y con ésta se le cayeron feamente las lágrimas: tan grande es la flaqueza del ánimo en apartándose de la razon. ¿Qué dirémos de que nos damos por ofendidos si alguno remeda nuestra habla y nuestros pasos, ó si declara algun vicio nuestro en la lengua ó en el cuerpo? Como si estos defectos se manifestáran más con remedarlos otros que con tenerlos nosotros. Muchos oyen con sentimiento la vejez y las canas, á que llegaron con deseos; otros se ofendieron de que les notaron su pobreza, escondiéndola de los otros cuando entre sí se lamentan de ella. Segun lo cual, á los licenciosos, que con decir pesadumbres tratan de hacerse

graciosos, se les quitará la materia si tú voluntaria y anticipadamente te adelantares á decirte lo que ellos te podrán decir; porque el que comienza á reirse de sí, no da lugar á que otros lo hagan. Hay memoria de que Vatinio, hombre nacido para risa y aborrecimiento, fué un truhan donairoso y decidor, y solia él decir mucho mal de sus piés y de su garganta, llena de lamparones, con lo cual se libró de la fisga de sus émulos, aunque tenía más que enfermedades; y entre otros, se escapó de los donaires de Ciceron. Si aquel con la desvergüenza y con los continuos oprobrios con que se habituó á no avergonzarse, pudo conseguirlo, ¿por qué no lo ha de alcanzar el que con estudios nobles, y con el adorno de la sabiduría hubiere llegado á alguna perfeccion? Añade que es un cierto género de venganza quitar al que quiso hacer la injuria, el deleite de ella; suelen los que las hacen decir: «Desdichado de mí, pienso que no lo entendió;» porque el fruto de la injuria consiste en que se sienta y en la indignacion del ofendido, y demas de esto, no hayas miedo que falte otro igual que te venga.

## CAPÍTULO XVIII.

Entre los muchos vicios de que abundaba Cayo César, era admirablemente notado en ser insigne en picar á todos con alguna nota, siendo él materia tan dispuesta para la risa; porque era tal su pálida fealdad, que daba indicios de locura, teniendo los torcidos ojos escondidos debajo de la arrugada frente, con grande deformidad de una cabeza calva destituida de cabellos, y una cerviz llena de cerdas, las piernas muy flacas, con mala hechura de piés; y con todas estas faltas, sería proceder en infinito si quisiese contar las cosas en que fué desvergonzado para sus padres y abuelos y para todos estados; referiré sólo lo que fué causa de su muerte. Tenía por íntimo amigo á Asiático Valerio, varon feroz y que apenas sabía sufrir ajenos agravios. A éste, pues, le objetó en alta voz, en un convite y una conversacion pública, cuál era su mujer en el acto venéreo. ¡Oh santos dioses, que esto oiga un varon! ¡Y que esto sepa un príncipe! ¡Y que llegase su licencia á tanto, que no digo á un varon consular, no á un amigo, sino, á cualquier marido, se atreviese un príncipe á contar su adulterio y su fastidio! De Cherea, tribuno de los soldados, se decia que por ser el tono de la voz lánguido y débil, se hacia sospechoso; á éste, siempre que pedía el nombre, se le daba Cayo, unas veces el de Vénus y otras el de Priapo, notando de afeminado al que manejaba las armas. Y esto lo decia, andando él cargado de galas y joyas, así en el vestido como en el calzado. Forzóle con esto á disponer con el hierro el no llegar más á pedirle el nombre. Éste fué el primero que levantó la mano entre los conjurados, él le derribó de un golpe la media cerviz, y luégo llegaron infinitas espadas á vengar las públicas y particulares injurias, pero el que primero mostró ser varon fué el que no se lo parecia. Y siendo Cayo tan amigo de decir injurias, era impaciente en sufrirlas, juzgándolo todo por injuria. Enojóse con Herenio Macro porque, saludándole, le llamó solamente *Cayo*. Y no se quedó sin castigo un soldado aventajado, por que le llamó *Caligula*; siendo éste el nombre

que se le solia llamar, por haber nacido en los ejércitos y ser alumno de las legiones. Y él, que con este apellido se habia hecho familiar á los soldados, puesto ya en los coturnos de la grandeza, juzgaba por oprobrio y afrenta que le llamasen *Caligula*. Serános, pues, de consuelo, cuando nuestra mansedumbre dejare la venganza, que no faltará quien castigue al desvergonzado, soberbio é injurioso: vicios que no se ejercitan en solo uno ni en sola una afrenta. Pongamos los ojos en los ejemplos de aquellos cuya paciencia alabamos, como fué Sócrates, que tomó en buena parte los dicterios contra él esperados y publicados en las comedias, y se rió de ellos, no ménos que cuando su mujer Xantipe le roció con agua sucia; y Ificrates, cuando se le objetó que su madre Tresa era bárbara, respondió que tambien la madre de los dioses era frigia.

## CAPÍTULO XIX.

No hemos de venir á las manos, léjos hemos de sacar los piés, despreciando todo aquello que los imprudentes hacen, porque tales cosas no las pueden hacer sino los que lo son. Hemos de recibir con indiferencia los honores y las afrentas del vulgo, sin alegrarnos con aquellos ni entristecernos con éstas; porque de otra suerte dejarémos de hacer muchas cosas necesarias por el temor ó fastidio de las injurias, y no acudirémos á los públicos ó particulares ministerios, y tal vez á los importantes á la salud, miétras nos congoja un afeminado temor de oír algo contra nuestro ánimo. Y otras veces, estando airados contra los poderosos, descubriremos este afecto con destemplada desenvoltura. Y si pensamos que es libertad el no padecer algo, estamos

engañados; que ántes lo es el oponer el ánimo á las injurias, y hacerse tal, que espere de sí solo las cosas dignas de gozo, apartando las exteriores por no pasar vida inquieta, temiendo la fisga y las lenguas de todos. Porque, ¿cuál persona hay que no pueda hacer una afrenta, si la puede hacer cada uno? Pero el sabio y el amador de la sabiduría usarán de diferentes remedios. A los imperfectos y que todavía se encaminan á los tribunales públicos, se les debe proponer que su vida ha de ser siempre entre injurias y afrentas; los que las han esperado, todas las cosas les parecen más tolerables. Cuanto más aventajado es uno en nobleza, en fama y en hacienda, tanto con mayor valor se ha de mostrar, trayendo á la memoria que las más esforzadas legiones toman la avanguardia. Las afrentas, las malas palabras, las ignominias y los demas denuestos súfralos como vocería de los enemigos, y como armas y piedras remotas, que sin hacer herida, hacen estruendo cerca de los morriones; súfrelas sin mostrar flaqueza y sin perder el puesto, las unas como heridas dadas en las armas, y las otras en el pecho; y aunque te aprieten y con molesta violencia te compelan, es torpeza el rendirte; defiende, pues, el puesto que te señaló la naturaleza. Y si me preguntas qué puesto es éste, te responderé que el de varon. El sabio tiene otro socorro diverso del vuestro; porque vosotros estáis en la pelea, y para él está ya ganada la victoria; no hagais repugnancia á vuestro bien, y miétras llegais al que es verdadero, alentad en vuestros ánimos esta esperanza y recibid con gusto lo que es mejor, y confesad con opinion y con deseos de decir que en la república del linaje humano hay alguno invencible y en quien no tiene imperio la fortuna.

## LIBRO QUINTO.

Á PAULINO.

## DE LA BREVEDAD DE LA VIDA (1).

## CAPÍTULO PRIMERO.

La mayor parte de los hombres, oh Paulino, se queja de la naturaleza, culpándola de que nos haya criado para edad tan corta, y que el espacio que nos dió de vida corra tan veloz, que vienen á ser muy pocos aquellos á quien no se les acaba en medio de las prevenciones para pasarla. Y no es sola la turba del imprudente vulgo la que se lamenta de este opinado mal; que tambien su afecto ha despertado quejas en los excelentes varones, habiendo dado motivo á la ordinaria

(1) Dice Rodriguez de Castro, *Biblioteca española*, tomo II: «El libro *De brevitate vite* está dirigido á Pompeyo Paulino, cuñado, segun parece, de Séneca, quien le escribió despues de la muerte de Cayo César.»

exclamacion de los médicos, «que siendo corta la vida, es larga y difusa el arte.» De esto tambien se originó la querrela (indigna de varon sabio) que Aristóteles dió, que siendo la edad de algunos animales brutos tan larga, que en unos llega á cinco siglos, y en otros á diez, sea tan corta y limitada la del hombre, criado para cosas tan superiores. El tiempo que tenemos no es corto; pero perdiendo mucho de él, hacemos que lo sea, y la vida es suficientemente larga para ejecutar en ella cosas grandes, si la empleáremos bien. Pero al que se le pasa en ocio y en deleites, y no la ocupa en loables ejercicios, cuando le llega el último trance, conocemos que se le fué, sin que él haya entendido que caminaba. Lo cierto es, que la vida que se nos dió no es breve; nosotros hacemos que lo sea, y que no somos po-

bres, sino pródigos del tiempo; sucediendo lo que á las grandes y reales riquezas, que si llegan á manos de dueños poco cuerdos, se disipan en un instante; y al contrario, las cortas y limitadas, entrando en poder de prósperos administradores, crecen con el uso. Así nuestra edad tiene mucha latitud para los que usaren bien de ella.

## CAPÍTULO II.

¿Para qué nos quejamos de la naturaleza, pues ella se hubo con nosotros benignamente? Larga es la vida, si la sabemos aprovechar. A uno detiene la insaciable avaricia, á otro la cuidadosa negligencia de inútiles trabajos; uno se entrega al vino, otro con la ociosidad se entorpece; á otro fatiga la ambición, pendiente siempre de ajenos pareceres, á unos lleva por diversas tierras y mares la despeñada codicia de mercancías, con esperanzas de ganancia; á otros atormenta la militar inclinación, sin jamás quedar advertidos con los ajenos peligros, ni escarmentados con los propios. Hay otros que en veneración, no agradecida, de superiores consumen su edad en voluntaria servidumbre; á muchos detiene la emulación de ajena fortuna ó el aborrecimiento de la propia; á otros trae una inconstante y siempre descontenta liviandad, vacilando entre varios pareceres; y algunos hay que no agradándose de ocupación alguna á que dirijan su carrera, los hallan los hados marchitos, y voceando de tal manera, que no dudo ser verdad lo que en forma de oráculo dijo el mayor de los poetas: «Pequeña parte de vida es la que vivimos;» porque lo demás es espacio, y no vida, sino tiempo. Por todas partes los cercan apretantes vicios, sin dar lugar á que se levante jamás, y sin permitir que pongan los ojos en el rostro de la verdad, y temiéndolos sumergidos y asidos en sus deseos, los oprimen. Nunca se les da lugar á que vuelvan sobre sí, y si acaso tal vez les llega alguna no esperada quietud, áun entónces andan fluctuando, sucediéndoles lo que al mar, en quien despues de pacificados los vientos, quedan alteradas las olas, sin que jamás les solicite el descanso á dejar sus deseos. ¿Piensas que hablo de solos aquellos, cuyos males son notorios? Pon los ojos en los demás, á cuya felicidad se arriman muchos, y verás que áun estos se ahogan con sus propios bienes. ¿Á cuántos son molestas sus mismas riquezas? ¿Á cuántos ha costado su sangre el deseo de ostentar su elocuencia en todas ocasiones? ¿Cuántos con sus continuos deleites se han puesto pálidos? ¿Á cuántos no ha dejado un instante de libertad el frecuente concurso de sus paniaguados? Pasa, pues, desde los más ínfimos á los más empinados, y verás que éste ahoga, el otro asiste, aquel pelagra, éste defiende y otro sentencia, consumiéndose los unos en los otros. Pregunta la vida de éstos cuyos nombres se celebran, y verás que te conocen por las señales; que éste es reverenciador de aquél, aquél del otro, y ninguno de sí. Con lo cual es ignorantisima la indignación de algunos, que se quejan del sobrejeo de los superiores cuando no los hallan desocupados yendo á visitarlos. ¿Es posible que los que, sin tener ocupación, no están jamás desocupados para sí mismos, han de tener atrevimiento para condenar por soberbia lo que quizá es

falta de tiempo? El otro, séase el que se fuere, por lo ménos tal vez, aunque con rostro mesurado, puso los ojos en tí, tal vez te oyó y tal vez te admitió á su lado, y tú jamás te has dignado de mirarte ni oírte.

## CAPÍTULO III.

No hay para qué cargues á los otros estas obligaciones, pues cuando fuiste á buscarlos, no fué tanto para estar con ellos, cuanto porque no podías estar contigo. Aunque concurren en esto todos los ingenios que resplandecieron en todas las edades, no acabarán de ponderar suficientemente esta niebla de los humanos entendimientos. No consienten que nadie les ocupe sus heredades, y por pequeña que sea la diferencia que se ofrece en asentar los linderos, vienen á las piedras y á las armas; y tras eso, no sólo consienten que otros se les entren en su vida, sino que ellos mismos introducen á los que han de ser los poseedores de ella. Ninguno hay que quiera repartir sus dineros, habiendo muchos que distribuyen su vida; muéstranse miserables en guardar su patrimonio, y cuando se llega á la pérdida de tiempo, son pródigos de aquello en que fuera justificada la avaricia. Deseo llamar alguno de los ancianos, y pues tú lo eres, habiendo llegado á lo último de la edad humana, teniendo cerca de cien años ó más, ven acá, llama á cuentas á tu edad. Dime, ¿cuánta parte de ella te consumió el acreedor, cuánta el amigo, cuánta la república, y cuánta tus allegados, cuánta los disgustos con tu mujer, cuánta el castigo de los esclavos, cuánta el apresurado paseo por la ciudad? Junta á esto las enfermedades tomadas con tus manos, añade el tiempo que se pasó en ociosidad, y hallarás que tienes muchos ménos de los que cuentas. Trae á la memoria, si tuviste algun día firme determinación, y si le pasaste en aquello para que le habías destinado. Qué uso tuviste de tí mismo, cuándo estuvo en un sér el rostro, cuándo el ánimo sin temores; qué cosa hayas hecho para tí en tan larga edad; cuántos hayan sido los que te han robado la vida, sin entender tú lo que perdías; cuánto tiempo te han quitado el vano dolor, la ignorante alegría, la hambrienta codicia y la entretenida conversacion; y viendo lo poco que á tí te has dejado de tí, juzgarás que mueres malogrado.

## CAPÍTULO IV.

Cuál, pues, es la causa de esto? el vivir como si hubiérades de vivir para siempre, sin que vuestra fragilidad os despierte. No observais el tiempo que se os ha pasado, y así gastais de él como de caudal colmado y abundante, siendo contingente que el día que teneis determinado para alguna acción, sea el último de vuestra vida. Temeis, como mortales, todas las cosas, y como inmortales, las deseais. Oirás decir á muchos que en llegando á cincuenta años, se han de retirar á la quietud, y que el de sesenta les jubilará de todos los oficios y cargos. Dime: cuando esto propones, ¿qué seguridad tienes de más larga vida? ¿Quién te consentirá ejecutar lo que dispones? ¿No te avergüenzas de reservarte para las sobras de la vida, destinando á la virtud sólo

aquel tiempo que para ninguna cosa es de provecho? ¡Oh cuán tardía acción es comenzar la vida cuando se quiere acabar! ¡Qué necio olvido de la mortalidad es diferir los santos consejos hasta los cincuenta años, comenzando á vivir en edad á que son pocos los que llegan! A muchos de los poderosos que ocupan grandes puestos, oirás decir que codician la quietud, que la alaban y la prefieren á todos los bienes, que desean (si con seguridad lo pudiesen hacer) bajar de aquella altura; porque cuando falten males exteriores que les acometan y combatan, la misma buena fortuna se cae de suyo.

## CAPÍTULO V.

El divo Augusto, á quien los dioses concedieron más bienes que á otro alguno, andaba siempre deseando la quietud, y pidiendo le descargasen del peso de la república. Todas sus pláticas iban enderezadas á prevenir descanso, y con este dulce, aunque fingido, consuelo de que algun día habia de vivir para sí, entretenia sus trabajos. En una carta que escribió al Senado, en que prometia que su descanso no sería desnudándose de la dignidad ni desviándose de su antigua gloria, hallé estas palabras: «Aunque estas cosas se pueden hacer con más gloria que prometerse; pero el alegría de haber llegado al deseado tiempo me ha puesto tan adelante, que aunque hasta ahora me detiene el gusto de los buenos sucesos, me recreo y recibo deleite con la dulzura de estas pláticas.» De tan grande importancia juzgaba ser la quietud, que ya que no podía conseguirla, se deleitaba en proponerla. Aquel que veia pender todas las cosas de su voluntad, y el que hacia felices á todas las naciones, ese cuidaba gustoso del día en que se habia de desnudar de aquella grandeza. Conocia con experiencia cuánto sudor le habian costado aquellos bienes que en todas partes resplandecen, y cuánta parte de encubiertas congojas encierran, habiéndose hallado forzado á pelear, primero con sus ciudadanos, despues con sus compañeros, y últimamente con sus deudos, en que derramando sangre en mar y tierra, acosado por Macedonia, Sicilia, Egipto, Siria y Asia, y casi por todas las demás provincias del orbe, pasó á batallas externas los ejércitos, cansados de mortandad romana, mientras pacifica los Alpes y doma los enemigos mezclados en la paz y en el imperio; y mientras ensancha los términos, pasándolos del Reno, Eufrates y Danubio, se estaban afilando contra él, en la misma ciudad de Roma, las espadas de Murena, de Scipion, de Lépido y los Egnacios, y apenas habia deshecho las asechanzas de éstos, cuando su propia hija y muchos mancebos nobles, atraídos con el adulterio como si fuera con juramento, ponian temor á su quebrantada vejez; despues de lo cual, le quedaba una mujer, á quien temer otra vez con Antonio. Cortaba estas llagas, cortando los miembros, y al punto nacian otras; y como en cuerpo cargado con mucha sangre, se alteraban siempre algunas partes de él. Finalmente, deseaba la quietud, y en la esperanza y pensamiento de ella descansaban sus trabajos. Éste era el deseo de quien podia hacer que todos consiguiesen los suyos. Marco Tulio Ciceron, perseguido de los Catilinas, Clodios, Pompeyos y Crasos, los

unos enemigos manifiestos, y otros no seguros amigos; mientras arrimando el hombro tuvo á la república que se iba á caer, padeció con ella tormentas; apartado, finalmente, y no quieto con los prósperos sucesos, y mal sufrido con los adversos, abominó muchas veces de aquel su consulado, tan sin fin, aunque no sin causa, alabado. ¡Qué lamentables palabras pone en una carta que escribió á Atico despues de vencido Pompeyo, y estando su hijo rehaciendo en España las quebrantadas armas! «Pregúntasme (dice) qué hago aquí? Estoy en mi Tusculano medio libre.» Y añadiendo despues otras razones, en que lamenta la edad pasada, se queja de la presente y desconfía de la venidera. Llamóse Ciceron medio libre, y verdaderamente no le convenia tomar tan abatido apellido, pues el varon sabio no es medio libre, siempre goza de entera y sólida libertad; y siendo suelto y gozando de su derecho, sobrepuja á los demás, no pudiendo haber quien tenga dominio en aquel que tiene imperio sobre la fortuna.

## CAPÍTULO VI.

Habiendo Livio Druso, hombre áspero y vehemente, removido las nuevas leyes y los daños de Graco, estando acompañado de grande concurso de toda Italia, no habiendo antevisto el fin de las cosas, que ni podia ejecutar, ni tenia libertad para retroceder en ellas, detestando su vida, desde la niñez inquieta, se cuenta que dijo que él sólo era quien, siendo muchacho, no habia tenido un día de descanso. Atrevióse ántes de salir de la edad pupilar y de quitarse la ropa pretexto, á favorecer con los jueces las causas de los culpados, interponiendo su favor con tanta eficacia, que consta haber violentado algunos pareceres. ¿Hasta dónde no habia de llegar tan anticipada ambición? Claro está que aquella tan acelerada audacia habia de parar en grande mal particular y público. Tarde, pues, se quejaba de que no habia tenido un día de quietud, habiendo sido sedicioso desde niño y pesado á los tribunales. Dúdase si se mató él mismo, porque cayó habiendo recibido una repentina herida en la ingle; dudando alguno si en él fue la muerte voluntaria ó venida en sazón. Superfluo será el referir muchos, que siendo tenidos de los demás por dichosísimos, dieron ellos mismos verdadero testimonio de sí; pero en estas quejas ni se emendaron, ni emendaron á otros; porque al mismo tiempo que las publicaban con palabras, volvian los afectos á su antigua costumbre. Lo cierto es, que aunque llegue nuestra vida á mil años, se reduce á ser muy corta. En cada siglo se consumen todas las cosas, siendo forzoso que este espacio de tiempo, en que, aunque corre la naturaleza, la apresura la razón, se nos huya con toda ligereza; porque ni impedimos ni detenemos el curso de la cosa más veloz, ántes consentimos se vaya como si no fuese necesaria, y se pudiese recuperar. En primer lugar pongo aquellos que jamás estan desocupados sino para el vino y Venus, porque éstos son los más torpemente entretenidos; que los demás que pecan engañados con apariencia de gloria vana, yerran con cubierta de bien. Ora me hables de los avarientos, ora de los airados, ora de los guerreros, todos éstos pecan

más varonilmente; pero la mancha de los inclinados á la sensualidad y deleites es torpe. Examina los dias de éstos, mira el tiempo que se les va en contar, en acechar, en temer, en reverenciar, y cuánto tiempo les ocupan sus conciertos y los ajenos, cuánto los convites (que ya vienen á tenerse por oficio), y conocerás que ni sus males ni sus bienes los dejan respirar; finalmente, es doctrina comunmente recibida que ninguna accion de los ocupados en estas cosas puede ser acertada, no la elocuencia ni las artes liberales; porque el ánimo estrechado no es capaz de cosas grandes, ántes las desecha como holladas; y el hombre ocupado, en ninguna cosa tiene menor dominio que en su vida, por ser dificultosísima la ciencia de vivir.

## CAPÍTULO VII.

De las demas artes donde quiera se encuentran muchos profesores, y algunas hay, que áun los muy niños han aprendido de modo, que las pudieran enseñar; mas la de vivir, toda la vida se ha de ir estudiando, y lo que más se debe ponderar es, que toda ella se ha de gastar en aprender á morir. Muchos grandes varones, habiendo dejado todos los embarazos, renunciando las riquezas, oficios y entretenimientos, no se ocuparon en otra cosa hasta el rémate de su vida, sino en el arte de saber vivir; y muchos de ellos murieron confesando que áun no habian llegado á conseguirla; ¿cómo, pues, la sabrán los que no la estudian? Créeme que es de hombres grandes y que sobrepujan á los humanos errores, no consentir que se les usurpe un instante de tiempo, con lo cual viene á ser larguísima su vida, porque todo lo que ella se extendió fué para ellos, no consintiendo hubiese cosa ociosa y sin cultivar; no entregaron parte alguna al ajeno dominio, porque no hallaron equivalente recompensa con que permutar el tiempo; y así, fueron vigilantísimos guardadores de él, con lo cual les fué suficiente; al contrario, es forzoso les falte á los que el pueblo ha quitado mucha parte de la vida. Y no entiendas que éstos dejan de conocer que de aquella causa les procede este daño; á muchos de éstos, á quien la grande felicidad apesga, oírás exclamar entre la caterva de sus paniaguados, ó en el despacho de los negocios, ó en las demas honrosas miserias, que no les es permitido vivir. ¿Qué maravilla que no se les permita? Todos aquellos que se te allegan, te apartan de tí. ¿Cuántos dias te quitó el preso, cuántos el pretendiente, cuántos la vieja cansada de enterrar herederos, cuántos el que se fingió enfermo para despertar la avaricia de los que codician su herencia, cuántos el amigo poderoso que te tiene, no para amistad, sino para ostentacion? Haz (te ruego) un avance, y cuenta los dias de tu vida, y verás cuán pocos y desechados han sido los que has tenido para tí. El otro que llegó á conseguir el consulado, que tanto pretendió, lesea dejarlo, y dice: «Cuándo se acabará este año?» Tiene el otro á su cargo las fiestas, habiendo hecho gran aprecio de que le cayó por suerte la comision, y dice: «Cuándo saldré de este cuidado?» Escogen á uno para abogado entre todos los demas, y llénase el tribunal de gente para oírle, áun hasta adonde no al-

canza su voz, y dice: «¿Cuándo se acabará de sentenciar este pleito?» Cada cual precipita su vida, trabajando con el deseo de lo futuro y con el hastío de lo presente. Pero aquel que aprovecha para sí todo su tiempo, y el que ordena todos sus dias para que le sean de vida, ni desea ni teme al dia venidero; porque qué cosa le puede acarrear, que le sea disgusto? Conocidas tiene con hartura todas las cosas; en lo demas disponga la fortuna como quisiere; que ya la vida de éste está en puerto seguro; podrásele añadir algo, pero quitar no; sucediéndole lo que al estómago, que estando satisfecho, y no cargado, admite algun manjar sin haberle apetecido.

## CAPÍTULO VIII.

No juzgues, pues, que alguno ha vivido mucho tiempo, por verle con canas y con arrugas; que aunque ha estado mucho tiempo en el mundo, no ha vivido mucho. ¿Dirás tú por ventura que navegó mucho aquel que habiendo salido del puerto, le trajo la cruel tempestad de una parte á otra, y forzado de la furia de encontrados vientos, anduvo dando bordos en un mismo paraje? Éste, aunque padeció mucho, no navegó mucho. Suérome admirar cuando veo algunos que piden tiempo, y que los que le han de dar se muestran fáciles. Los unos y los otros ponen la mira en el negocio para que se pide el tiempo, pero no la ponen en el mismo tiempo, y como si lo que se pide y lo que se da fuera de poquisimo valor, se desprecia una cosa tan digna de estimacion. Engáñalos el ver que el tiempo no es cosa corpórea ni se deja comprehender con la vista, y así le tienen por cosa vilísima y de ningun valor. Algunos carísimos varones reciben gajes de otros, y por ellos alquilan su trabajo, su cuidado y su diligencia; pero del tiempo no hay quien haga aprecio; usan de él prodigamente, como de cosa dada gratuitamente. Pon los ojos en los que esto hacen y míralos cuando están enfermos, y cuando se les acerca el peligro de la muerte, y temen el capital suplicio, y verás que dicen, tocando las rodillas de los médicos, que están dispuestos á dar toda su hacienda por conservar la vida: tan diversa es en ellos la discordia de los afectos. Y si como podemos traer á cada uno á la memoria el número de los años que se le han pasado, pudiésemos tener certeza de los que le quedan, ¡oh cómo temblarian aquellos á quien les quedasen pocos, y cómo huirían de disiparlos! La disposicion de lo que es cierto, aunque sea poco, es fácil; pero conviene guardar con mayor diligencia aquello que no sabes cuándo se te ha de acabar. Y no pienses que ellos ignoran que el tiempo es cosa preciosa, pues para encarecer el amor que tienen á los que aman mucho, les suelen decir que están prontos á darles parte de sus años. Lo cierto es, que sin entenderlo se los dan; pero danlos quitándoselos á sí mismos, sin que se acrezcan á los otros; pero como ignoran lo que pierden, viéneles á ser más tolerable la pérdida del no entendido daño. No hay quien pueda restituírte los años, y ninguno te restituirá á tí mismo; la edad proseguirá el camino que comenzó, sin volver atras ni detenerse; no hará ruido ni te advertirá de su velocidad; pasará

con silencio, no se prorogará por mandado de los reyes ni por el favor del pueblo; correrá desde el primer dia como se le ordenó; en ninguna parte tomará posada ni se detendrá. Qué se seguirá de esto? Que mientras tú estás ocupado, huye aprisa la vida, llegando la muerte, para la cual, quieras ó no quieras, es forzoso desocuparte.

## CAPÍTULO IX.

¿Por ventura alguno (hablo de aquellos que se precian de prudentes), viviendo con más cuidado, podrá conseguir el vivir con más descanso? Disponen la vida haciendo cambios y recambios de ella, y extienden los pensamientos á término largo, consiéndolo la mayor pérdida de la vida en la dilacion; ella nos saca de las manos el primero dia, ella nos quita las cosas presentes, mientras nos está ofreciendo las futuras; siendo gran estorbo para la vida la esperanza que pende de lo que ha de suceder mañana. Pierdes lo presente, y disponiendo de lo que está en las manos de la fortuna, dejas lo que está en las tuyas. Á dónde pones la mira? ¿Hasta dónde te extiendes? Todo lo que está por venir es incierto. Vive desde luego; y advierte que el mayor de los poetas, como inflamado de algun divino oráculo, cantó aquel saludable verso: «El mejor dia de la primera edad es el primero que huye á los mortales.» ¿Cómo te detienes? (dice). Cómo tardas? El tiempo huye, si no le ocupas, y aunque le ocupes, huye; y así se ha de contrastar su celeridad con la presteza de aprovecharle, cogiendo con prisa el agua como de arroyo rápido, que en pasando la corriente, queda seco. Tambien es muy á propósito para condenar los pensamientos prolongados, que no llamó buena á la edad, sino al dia.

## CAPÍTULO X.

¿Cómo, pues, en tan apresurada huida del tiempo quieres tú con seguridad y pereza extender en una larga continuacion los meses y los años, regulándolos á tu albedrío? Advierte que el poeta habló contigo cuando habló del dia, y del dia que huye. No se debe, pues, dudar que huye el primero buen dia á los miserables y ocupados hombres, cuyos pueriles ánimos oprime la vejez, llegando á ella desapercibidos y desarmados. No hicieron prevenciones, y dieron de repente en sus manos, no echando de ver que cada dia se les iba acercando; sucediéndolos lo que á los caminantes, que entretenidos en alguna conversacion, ó alguna lectura, ó algun interior pensamiento, echan de ver que han llegado al lugar ántes que entendiesen estaban cerca. Así este continuo y apresurado viaje de la vida, en que vamos á igual paso los dormidos y los despiertos, no lo conocen los ocupados sino cuando se acabó.

## CAPÍTULO XI.

Si hubiera de probar con ejemplos y argumentos lo que he propuesto, ocurriéranme muchos con que hacer evidencia que la vida de los ocupados es brevísima. Solia decir Faviano (no de estos filósofos de cátedra, sino de los verdaderos y antiguos) que contra las pasio-

nes se habia de pelear con ímpetu, y no con sutileza, ahuyentando el escuadron de los afectos, no con pequeños golpes, sino con fuertes encuentros; porque para deshacerle no bastan ligeras escaramuzas, sino heridas que corren. Pero para avergonzarlos de sus culpas, no basta condolernos de ellos; menester es enseñarles. En tres tiempos se divide la vida: en presente, pasado y futuro. De éstos, el presente es vivísimo, el futuro dudoso, el pasado cierto; porque éste, que con ningun imperio puede volver atras, y en él perdió ya su derecho la fortuna, es el que no gozan los ocupados, por faltarles tiempo para poner los ojos en lo pasado; y si tal vez le tienen, es desabrida la memoria de las cosas pasadas, porque contra su voluntad reducen al ánimo los tiempos mal empleados, sin tener osadía de acordarse de ellos; porque los vicios que con algun halago de deleite presente se iban entrando con disimulacion, se manifiestan con la memoria de los pasados. Ninguno otro, sino aquel que reguló sus acciones con el nivel de la buena conciencia (que jamas se deja engañar culpablemente), hace con gusto reflexion en la vida pasada; pero el que con ambicion deseó muchas cosas, el que las despreció con soberania y las adquirió con violencia, el que engañó con asechanzas, robó con avaricia y despreció con prodigalidad, es forzoso tema á su misma memoria. Esta parte del tiempo pasado es una cosa sagrada y dedicada, libre ya de todos los humanos acontecimientos y exenta del imperio de la fortuna, sin que le aflijan pobreza ó miedo, ni el concurso de varias enfermedades. Esta no puede inquietarse ni quitarse, por ser su posesion perpétua y libre de recelos. El tiempo presente es sólo de dias singulares, y su presencia consiste en instantes; pero los dias del tiempo pasado, siempre que se lo mandares, parecerán en tu presencia, consintiendo ser detenidos para ser residenciados á tu albedrío; si bien para este exámen falta tiempo á los ocupados; que el discurrir sobre toda la vida pasada, es dado solamente á los entendimientos quietos y sosegados. Los ánimos de los entretenidos están como debajo de yugo, no pueden mirarse ni volver la cabeza. Anegóse, pues, su vida, y aunque le añadas lo que quisieres, no fué de más provecho que lo es la nada, si no exceptuaron y reservaron alguna parte. De poca importancia es el darles largo tiempo, si no hay en qué haga asiento y se guarde; piérdeseles por los rotos y agujerados ánimos. El tiempo presente es brevísimo, de tal manera, que algunos dicen que no le hay, porque siempre está en veloz carrera; corre y precipítase, y ántes deja de ser que haya llegado, sin ser más capaz á detenerse que el orbe y las estrellas, cuyo movimiento es sin descanso y sin pararse en algun lugar. No gozan, pues, los ocupados más que del tiempo presente, el cual es tan breve, que no se puede comprehender, y áun éste se les huye estando ellos distraidos en diversas cosas.

## CAPÍTULO XII.

Quieres, finalmente, saber lo poco que viven? pues mira lo mucho que desean vivir. Mendigan los viejos decrepitos, á fuerza de votos, el aumento de algu-